

LA PLAYA SILENCIOSA

El mar enloqueció de pronto y comenzó a agitarse desde sus profundidades, como una fiera descontrolada que ansiaba devorar todo lo que encontrara a su paso. Las enormes olas batían las rocas con una fuerza inusitada. En un instante, volcaron buques repletos de contenedores y petroleros cargados de combustible. En los puertos deportivos los yates de lujo eran sacudidos contra los diques hasta destrozarlos, y las instalaciones de recreo desaparecían anegadas por el agua.

Era una cólera marina que parecía emerger desde las propias entrañas del Mediterráneo, mar, que décimas de segundo antes, acababa de dejar sobre la arena de la playa turca de Bodrum, boca abajo y con los brazos extendidos, el cuerpo inerte del niño Alan Kurdi.

FIN